

Territorio urbano y exclusión social

-análisis desde la comunicación / cultura-

Introducción

La exposición se enmarca en el trabajo de tesis: “Buenos Aires: penas y olvido. Redes de relaciones organizacionales e institucionales en los territorios de exclusión” que desde 2007 realizo para la tesis de Maestría en Planificación y Gestión de Procesos Comunicacionales. En él, me propongo realizar un diagnóstico de las redes de relaciones en territorios de exclusión desde el campo de la comunicación / cultura que aporte un insumo a las políticas públicas que se aplican o podrían aplicarse para la transformación del fenómeno de la pobreza estructural en el Área Metropolitana de Buenos Aires (AMBA). En el estudio, resulta especialmente relevante atender los procesos de territorialización de la pobreza y sus implicancias en los modos de habitar la ciudad y en las transformaciones de la vida cotidiana de las clases populares (1).

En esta ponencia específicamente, se profundizará sobre la vinculación entre la historia de las clases populares urbanas de Buenos Aires y sus modos de habitar la Metrópoli. Se presentará una descripción de los procesos que llevaron primero a la emergencia de los excluidos y luego a la territorialización de la exclusión, como ejes especialmente atendibles desde las políticas públicas.

Definiciones preliminares

En principio es menester plantear una pregunta y tomar una postura conceptual en relación a su respuesta: ¿podemos hablar de los pobres y excluidos como un grupo con algún tipo de autonomía o especificidad teórica, que nos permita abordarlo de forma compleja y no fragmentaria? ¿Tienen algo en común desde el punto de vista de la cultura, o plantear esta complejidad en singular nos lleva inevitablemente a la estigmatización de la pobreza? Para responder, retomo la posición que plantea Alejandro Solomianski en la investigación *Identidades secretas: la negritud argentina* (2). En este trabajo se recupera la constitución

histórica de la identidad de afrodescendiente en Argentina. El autor ubica a este grupo en un marco más amplio de grupos subalternos, para los que acuña el término subalternizados: se trata de los grupos a los que el poder hegemónico les impidió formar parte de la historia oficial. Así, la identidad no está dada por un esencialismo racista –o incluso clasista- sino por una serie de experiencias culturales y socioeconómicas equiparables, un sufrimiento común a determinado grupo de sujetos que se fueron constituyendo históricamente en lucha con los sentidos dominantes. De este modo, Solomianski propone revisar, en virtud de las implicancias políticas, las representaciones académicas en torno a lo subalterno y entenderlo como lo subalternizado; que existe con identidades, sentidos y prácticas culturales propias plausibles de ser estudiadas por sí. En el mismo sentido la categoría de Excluidos se expresa en este trabajo en relación al proceso de exclusión, y no desde una visión determinista que borre las relaciones sociales de fuerza, de lucha y de poder. Partiremos de que existe la **exclusión** porque existen grupos dominantes de la cultura que regulan los límites de la inclusión y niegan el acceso a determinados sujetos.

El nacimiento de la Metrópolis popular

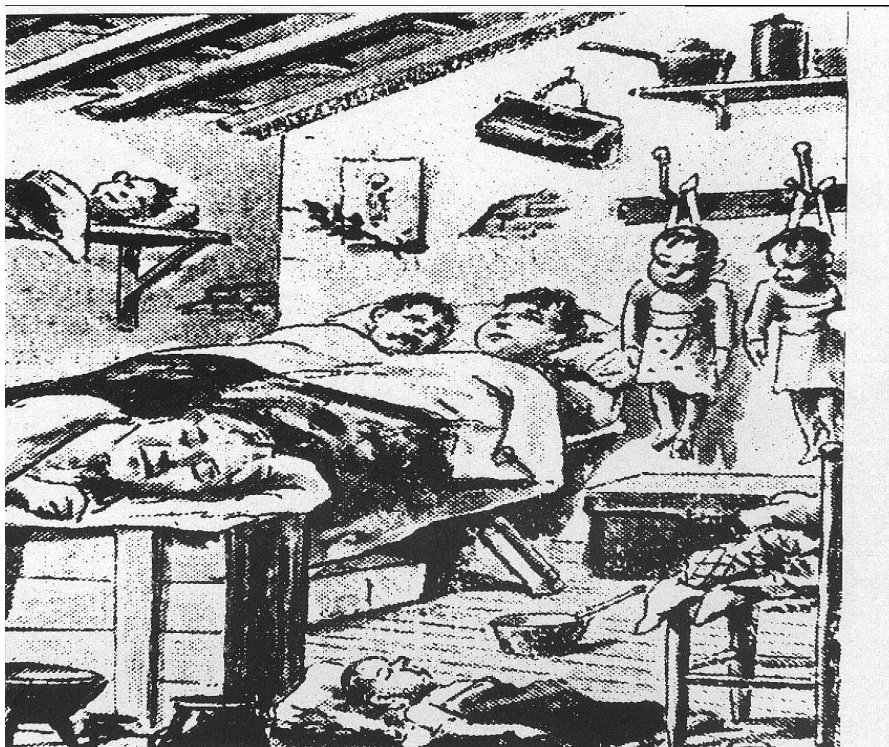
La conformación de las clases populares urbanas en la zona, se vincula desde su inicio con problemas habitacionales. El primer gran colectivo inmigratorio que llega principalmente desde países europeos -entre fines del siglo XIX y principios del XX- encontró sus espacios de trabajo asociados a la economía portuaria, ferroviaria y luego industrial; todas actividades concentradas en la ciudad de Buenos Aires y el Conurbano bonaerense. En ese marco, se instaura la modalidad habitacional del conventillo, espacios de hacinamiento desde los que los nuevos habitantes luchan por su derecho a vivir en la ciudad. Ya antes, en 1880, había en Buenos Aires 1.770 conventillos (3).

Entre 1860 y 1920, crece vertiginosamente la cantidad de habitantes de inquilinatos – la mayoría de ellos extranjeros provenientes de países europeos (4)-, mientras que la cantidad de habitaciones disponibles tiene un crecimiento muy inferior. Sólo entre 1880 y 1892, la población que vive en inquilinatos en el AMBA pasa de 51.915 a 120.847 personas, mientras que las habitaciones aumentan de 24.023 a 31.552. (5)

Uno de los acontecimientos históricos más significativos vinculados a esta problemática, es el que pasó a la historia como la “Huelga de inquilinos”. Fue en 1907, un año de aumentos masivos en los alquileres de las piezas, y de desalojos violentos a las masas de

morosos. El 13 de septiembre mientras la policía arrancaba a los ocupantes de las 132 precarias piezas de Ituzaingó 279 en la Capital Federal, el barrio de La Boca se convirtió en el germen de la medida de fuerza más masiva de la época, cien mil inquilinos se declararon en rebeldía –ante las fuerzas policiales y propietarios o gerenciadore de conventillos- en reclamo de la rebaja del 30% en los alquileres.

El conventillo constituyó tradicionalmente el espacio donde migrantes de países diversos compartían su vida cotidiana; así el modelo multiétnico y multicultural del conventillo marcó la relación entre territorialidad y etnicidad y se trasladó luego –con los mismos códigos de relación- a las villas del AMBA (Grimson, 2003).



“Pero es necesario ver cómo se las componen los infelices, sobre todo por la noche: el matrimonio ocupa un catre de lona; la madre política del esposo se acuesta sobre el cajón donde se guardan todas las prendas de vestir y enseres de la casa, y que además presta el servicio de mesa; al niño mayor se le acomoda sobre unos trapos en el suelo, al mediano se le instala en el techo en una repisa colocada en la pared, y a los dos menores, colgados en una percha, a guisa de carteras de viaje o de embutidos”. Eustaquio Pellicer. “Sinfonía”. Caras y Caretas, 14 de Septiembre de 1901.

Industrialización, sectores populares y ciudad fordista

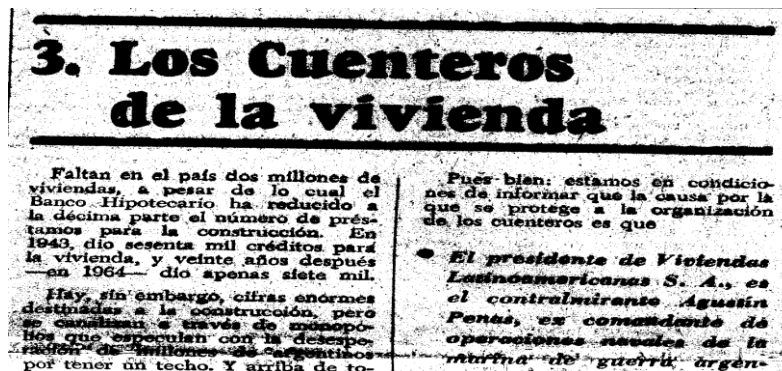
Aunque aún continúan vigentes como modo de hábitat dentro de la capital, los conventillos comenzaron a ceder el espacio urbano a las villas; aunque antes de 1940, las villas no eran un tipo de hábitat extendido en la zona -en ese año se registraban sólo 5 villas miserias en el AMBA-. Mientras, los espacios habitacionales populares que más crecieron en la primera mitad del siglo XX, fueron los barrios obreros en el Conurbano bonaerense, especialmente en el cordón sur.

Luego del crack del 29, la crisis económica comienza a extenderse lentamente en el territorio argentino, y en las décadas del 30 y 40 el modelo agroexportador tambalea y pierde la antigua capacidad de absorción de mano de obra. Así, gran porcentaje de la población rural emigra a las ciudades en busca de trabajo. Específicamente en el AMBA, se registra un aumento sostenido de las villas durante los años '50s. En 1958, un estimado censal daba cuenta de que 200.000 personas vivían en condiciones de precariedad habitacional en Argentina. En ese año, la población residente en villas y asentamientos precarios en el AMBA, oscilaba las 52.5000 personas; en 1963 se censaron 42.000 residentes distribuidos en 33 villas; en 1973, la población de las villas de Capital Federal y Gran Buenos Aires ascendía a casi 400.000 habitantes; y en 1980, ya superaba los 500.000 (6).

Como señalábamos, además de la población residente en villas, durante este período también se fueron configurando barrios obreros, en consonancia con las políticas redistributivas que promovían el acceso a la vivienda de los sectores medios y los trabajadores (Torres, 2003). Las clases populares urbanas en Argentina en la etapa de la industrialización por sustitución de importaciones (ISI), estaban conformadas básicamente por obreros y empleados formales: ya en la década del 70 Buenos Aires y Montevideo albergaban la mayor cantidad de proletariado formal en Latinoamérica (Grimson, 2003; Torres, 1992)

En los 50, 60 y 70, ambas ciudades fueron creciendo a un ritmo que fue acelerándose paulatinamente. El crecimiento urbano en términos habitacionales fue desordenado aunque esto no produjo en principio segregación espacial notoria. Las clases populares, que se iban integrando a la ciudad, no contaban con los recursos necesarios para pasar a formar parte del mercado inmobiliario y; éste era a su vez deficiente en relación a la capacidad de generar nuevos loteos e infraestructura acorde. De hecho, muchos especuladores del sector animaban

a los trabajadores a comprar tierras en las zonas periféricas, en las que no había infraestructura ni servicios, y se accedía a dudosos títulos de propiedad bajo promesa de que allí llegarían grandes autopistas, nuevos sistemas de transporte, etc.



Fuente: Publicado en el periódico de la CGT durante 1968.

Así, las clases populares debieron ingeniárselas para construir sus viviendas como era posible, sin planificación ni dirección estatal; en este proceso se edificó de manera semilegal e ilegal y se tomaron u ocuparon tierras en su mayoría fiscales. Más allá del desorden en la urbanización, para principios de los años 70 Buenos Aires era —junto a Montevideo— de las ciudades más ordenadas, y se podían observar claros patrones: Las clases medias y altas se ubicaban en el centro de la ciudad y desde allí hacia el norte crecían sobre la margen del Río de la Plata, en busca de viviendas espaciosas y modernas. Las clases populares, por su parte, van creciendo desde el sur de la capital hacia las zonas periféricas, especialmente la zona sur del Conurbano.

Se produce entonces un sentido de ocupación y uso territorial en degradé en el que la frontera más visible es la que separa la Provincia de la Ciudad, especialmente entre la frontera sur de la Capital y el Conurbano (Cherrutti, Grimson; 2005). La tendencia habitacional en degradé se mantiene tanto en relación al eje socio-económico, como también al ecológico; mientras las clases medias y altas se asentaron en zonas con mejores locaciones ecológicas, las clases populares fueron ocupando áreas con mayor grado de contaminación.

Hasta los años 70, las villas, asentamientos y comederos proletarios no eran parte predominante del paisaje urbano capitalino, y representaban a la minoría de las clases populares —que hasta ese momento eran equiparables a la clase obrera; no obstante, desde el

período de la ISI, y a través del proceso que venimos narrando, se fue generando una creciente segmentación socio-espacial.

Hasta la llegada de la última dictadura, el movimiento social más aglutinante para las clases populares era el movimiento obrero que, a partir de la inequidad territorial, agregó a sus demandas tradicionales las demandas de vivienda e infraestructura.

**DESALOJOS:
LA RAZON Y
LA FUERZA**

Fuente: Publicado en el periódico de la CGT durante 1968.

La dictadura y su terrorismo territorial

Durante la dictadura, con la implementación de sucesivas políticas de erradicación de villas miserias. Entre el '62 y el '76 la población villera capitalina creció a razón de 13.024 personas al año. Pero a partir de 1976 y durante los años de la dictadura militar, la tendencia se invirtió con una disminución brutal de 45.951 personas por año. Con el comienzo de la etapa democrática, y el consecuente abandono de las prácticas de asesinato y persecución, la tendencia al alza se retomó con un crecimiento anual aproximado de 1.000 personas.

Lo ocurrido a partir de los distintos programas de “erradicación” de villas, - pergeñados y dirigidos casi en su totalidad por el brigadier Cacciatore (7), Intendente de facto de la Ciudad, y en el último tramo por Del Chioppo (8), su reemplazante- tuvo repercusiones en los territorios del Gran Buenos Aires, dónde aumentó notablemente la cantidad de asentamientos; aunque no existen datos para determinar con exactitud en qué medida.

De esto da cuenta el memorable informe “La verdad sobre la erradicación de villas de emergencia en el ámbito de la Capital Federal”, escrito por los siete curas villeros (9): “Nosotros, un pequeño grupo de sacerdotes, sin apoyo, ni medios, no hemos podido montar una oficina con personal y recursos para elaborar cifras y estadísticas. Pero hace más de diez años que trabajamos en estas villas y desde hace ya más de tres, que diariamente hemos tenido que escuchar y compartir las angustias de miles de erradicados; hemos visto con nuestros propios ojos las angustias de centenares de familias realojadas de una villa a otra en

condiciones cada vez más miserables; hemos visitado lugares del gran Buenos Aires donde se levantaron nuevas y pobres villas con erradicados de la Capital Federal (...) Por lo tanto, todas estas familias expulsadas de las villas de la Capital Federal han sido trasladadas con su ilegalidad y su miseria a los municipios del Gran Buenos Aires. Con el agravante de que la infraestructura, los servicios y los recursos de estos municipios para asimilar estos nuevos contingentes de población son muy inferiores a los de la ciudad de Buenos Aires, la que, por otra parte, recibe casi la totalidad del aporte laboral de todos ellos”(10).

Es decir, mientras que disminuía notablemente la población en las villas de la Capital, aumentaba en el Gran Buenos Aires, aunque no podamos dar cifras totales acerca de cuál fue la variación real entre los habitantes de villas y asentamientos en el área metropolitana en su conjunto. Pero sí sabemos que, a partir de la vuelta a la democracia, la tendencia al alza de población villera en Capital Federal se retoma con un crecimiento anual aproximado de 1.000 personas; y es de suponer que una porción de esa población, hayan sido erradicados que retornaron desde el Conurbano. Aunque, por supuesto, los nuevos asentamientos bonaerenses no quedaron abandonados sino que comenzaron o continuaron sus propias historias territoriales de marginación.

Eduardo Blaustein señala que los Partidos que absorbieron la mayor cantidad de población villera fueron: La Matanza, con un 21 % de los erradicados; Lomas de Zamora, 6,9 % y Merlo, 8%; seguidos por Moreno, Quilmes, General Sarmiento y Florencio Varela. Según el autor, es a partir de 1981 que en el Gran Buenos Aires comienza a producirse “un nuevo fenómeno social: el de la formación de asentamientos”. Este fenómeno no se produce únicamente a partir de la relocalización forzada de la población villera de Capital Federal; sino que también, a partir de la imposición del modelo neoliberal por parte de la dictadura, muchos de los barrios obreros periféricos, de los que hablábamos más arriba, se empobrecieron y se ampliaron de forma irregular -a partir de la ocupación de tierras-, convirtiéndose en grandes territorios con características propias. Existen varios casos paradigmáticos; por ejemplo la Isla Maciel en Avellaneda, que hasta finales de los '70 era un barrio cuya población era básicamente de trabajadores industriales, astilleros y portuarios, o el barrio Don Orione en Claypole, que pasó de ser un barrio obrero hasta los años 80 a reconfigurarse en uno de los asentamientos más extensos del Conurbano sur.

Hacia la reconstrucción democrática y habitacional

Cuando el retorno democrático se volvió estable, la agenda estatal retomó el tema de las villas y asentamientos urbanos, y se crearon distintos programas -ahora denominados de “radicación”- que, con intención de generar políticas participativas, buscaron un interlocutor barrial. Pero como afirma María Cristina Cravino, “no se partió de un conocimiento de la realidad (relevamientos o investigaciones) o de la concertación, sino que (desde el Estado) se quiso construir un intermediario a la medida, como sucedió con el movimiento villero” (Cravino, 1998).

El programa se fue desgastando y un informe del CELS del año 1997 denuncia que el Programa de Radicación de Villas no tuvo presupuesto desde 1994, y el único caso en el seguía actuando, al momento de realización del informe, era en la villa 31 –por la importancia urbanística y estratégico-inmobiliaria de estos terrenos fiscales-. El caso resulta una muestra válida de lo que ocurrió en muchos territorios en relación a la intervención estatal y los modos de implementación de las políticas públicas (11).

Uno de los aspectos más relevantes en relación a la estructura habitacional del AMBA, es la incorporación de la nueva forma de producción y uso del hábitat de los sectores populares que mencionamos unas líneas atrás: los asentamientos. Esta modalidad se inicia en 1981 con la toma ilegal de terrenos en la zona sur del Conurbano Bonaerense, y para finales de la década del 90 ya había un centenar de ellos (Merklen, 1997).

Estas ocupaciones se caracterizaron por ser masivas, estar constituidas en su mayoría no por inmigrantes sino por vecinos de la propia ciudad, y por su planificación del uso y desarrollo del futuro barrio. Esto último se vincula con la relación característica que los ocupantes pretendieron establecer con el resto de la metrópolis. Así, por medio de la organización, la planificación y la gestión sobre el territorio, los asentamientos intentan asimilarse a otros barrios obreros del Conurbano retomando la configuración preexistente - calles, loteo, manzanas y plano en damero-. El plan es asentarse y normalizarse para constituirse en un barrio más y, a la vez, diferenciarse de las villas.

Como desarrolla Denis Merklen (12) el asentamiento como modelo habitacional constituye la respuesta a una identidad amenazada, los ocupantes buscan alejarse de una categoría social fuertemente estigmatizada, los villeros. Entre las familias empobrecidas de las clases populares opera el temor a ser relegados al ecosistema de la villa; más allá de la

precariedad de las viviendas, lo que actúa son las representaciones urbanas negativas que construyen a la villa como un territorio de promiscuidad y violencia. En síntesis un lugar hostil para habitar. Por supuesto que el mecanismo de defensa identitaria está fuertemente ligado a la dificultad de estos sectores para reconocerse, no ya como pobres sino como excluidos.

Capitalismo salvaje: la máquina de expulsión

Las características habitacionales del AMBA, y las variaciones demográficas durante los 90 plasman el proceso de exclusión socioeconómico en lo territorial. En 1991 se estimaba que la población en las villas de la Capital Federal ascendía a casi 51.000 habitantes y, según un documento publicado por la Legislatura de la Ciudad de Buenos Aires, basado en una investigación realizada por el partido político ARI, en el decenio 1993 – 2003, el aumento sucesivo de la población en territorios de exclusión en Buenos Aires fue el siguiente:

año	habitantes
1993	77.000
1999	98.000.
2001	108.000
2003	116.000

Hasta el neoconservadurismo menemista la tasa de crecimiento era, como dijimos, de aproximadamente 1.000 personas por año, pero durante este período, esa cifra casi se cuadruplicó en la primera mitad de los 90 para llegar a más de 4000 personas por año hacia fines de la década. No obstante, el balance en relación a la dirección de la agenda de reivindicaciones populares, muestra que perdió fuerza el reclamo por la propiedad de la tierra y, sin duda por causa del aumento desmedido de la desocupación, crece la importancia del reclamo por trabajo. Así lo señalan Marcela Cerrutti y Alejandro Grimson, en *Ciudades Latinoamericanas. Un análisis Comparativo del nuevo siglo* (13), en el apartado denominado justamente “La agenda de los sectores populares: de la vivienda al trabajo”. Hacia fines de los 90, se realizaron algunas obras de infraestructura (asfalto, servicios y, en menor medida, planes de tenencia de tierras). Básicamente por causa de las políticas focales descentralizadas aplicadas por los Municipios o Partidos Políticos en el Conurbano o por la autoorganización

vecinal en el caso de las villas de Buenos Aires (Auyero en Wacqant, 2001), los problemas de vivienda encontrarán cierto margen de solución –sobre todo en comparación con la gravedad de la problemática del empleo-. Se desplaza de la agenda popular el eje de tierra y vivienda y crece la demanda de empleo y, por transitividad, de planes de empleo.

Pero las variaciones más importantes, en términos de modelo habitacional, tuvieron que ver con la transformación de la estructura urbana del AMBA que vino de la mano del proceso de privatización de las empresas nacionales y de la inversión extranjera en infraestructura inmobiliaria. Durante la década del 90, la relación entre espacio y producción estuvo marcada por la tendencia globalizante en las metrópolis del mundo. Como plantea Saskia Sassen, los restaurantes caros, casas de lujo y tiendas gourmet se reproducen en la ciudad globalizada (Sassen, 1991).

Buenos Aires no fue la excepción, y en su área metropolitana se concentraron la mayor parte de las inversiones. Así, de acuerdo a la declinación total de la función industrial, la ciudad se reacondicionó en función de lógicas de consumo de servicios avanzados: se trata de la nueva ciudad del capitalismo postfordista (Ciccolella, 1999); un territorio de puja por la organización socio-espacial que implica una dinámica de exclusión / incorporación de áreas habitables. Una ciudad dual (Sarlo, 1996) en la que los capitales extranjeros -que dominaban la economía nacional- se unen a los sectores altos y medios para expandir su ocupación y controlar el espacio de la ciudad, mientras expulsa hacia otros territorios a los sectores populares, cada vez más pobres.

En principio, los barrios porteños pasan de la articulación horizontal que propicia la circulación lineal del territorio a una densificación vertical organizada en forma de red que conecta sólo enclaves de interés para el desarrollo del capitalismo global. Así, la inversión inmobiliaria en la ciudad se concentró en la construcción de edificios de categoría, hoteles de lujo, complejos de oficinas clase A, shoppings e hipermercados y grandes torres de vivienda para los sectores altos y medios altos. (Ciccolella, 1999)

Esta reconfiguración del espacio urbano, afectó la unidad tradicional de la estructura territorial, la manzana y desestructuró los patrones de localización comercial. Consecuentemente variaron las dinámicas de tránsito y de uso del espacio, y las redes de comunicación establecidas por los habitantes.

En el territorio suburbano, sobre todo en la zona norte, los capitales internacionales y transnacionales aplicaron la inversión al desarrollo de barrios cerrados, privados, countries, grandes centros comerciales, autopistas y accesos que permiten la comunicación rápida con los barrios ricos de la Capital, pueblos privados y hasta ciudades privadas como en el caso de

Nordelta. Por supuesto, las modificaciones repercutieron en las condiciones de hábitat y de ocupación territorial de las clases populares y, entre ellas, en el sector de los excluidos –que emerge y comienza a crecer dramáticamente durante la década del 90-.

Este último período de capitalismo salvaje llegó a su punto más álgido junto con el final del siglo XX, y el proceso de precarización y pauperización de las clases populares hizo eclosión con la crisis de 2001.



Asamblea en el barrio Libre Amanecer_ Villa Fiorito_ Lanús_ 2006

Conclusiones, escenografía y ecosistema en el nuevo milenio

El análisis detallado de lo que ocurrió después merece otro apartado, en el que predominen los relatos etnográficos; no sólo por la complejidad que la recuperación de la crisis tuvo en términos culturales, territoriales y organizacionales, sino también por las dificultades a las que nos enfrentamos los investigadores para conseguir datos confiables a partir de 2006 (14). Pero podemos establecer algunas conclusiones, sobre todo conceptuales, respecto al mapa de relaciones socio-territoriales que configura el AMBA en esta primera década del milenio.

El proceso de destitución social que relatamos, tuvo lugar también en la puja por el espacio urbano, por el derecho a habitarlo y transitarlo. A medida que un importante sector de las clases populares cayó en la considerada pobreza estructural, y mientras emergía y se consolidaba la categoría de “excluidos” como actores sociales relevantes de las metrópolis; en Buenos Aires el tradicional modelo habitacional de conventillo se diluyó y se instauró el gueto.

Aunque no se trata del gueto étnicorracial al modo de los guetos negros estadounidenses, ni del socio-económico y cultural de la Banlieu parisina -estudiados por Loïc Wacquant-; valen algunas descripciones estructurales de estos territorios de destitución en el primer mundo para reflexionar sobre la configuración de la territorialización de la exclusión en el AMBA. En principio coinciden en el período en el que emergen, la globalización en el marco del neocapitalismo avanzado.

Luego en el primer caso, quienes viven en el gueto de Chicago se diferencian de sus vecinos de la ciudad a partir de una característica explícita, el color de piel. La otredad construida en torno al territorio y los sujetos es tan notoria que hasta investigadores y actores oficiales acuñaron las categorías de *inner city* (ciudad deprimida o subterránea) para definir el espacio, y de *underclass* (infraclass) para clasificar a sus habitantes. En el segundo caso, la Banlieu, se caracteriza por ser el espacio en que conviven quienes están excluidos por sus condiciones socioeconómicas, que otrora fueran transitorias y hoy son estructurales. Pesa sobre ellos una fuerte estigmatización en relación con el lugar que habitan como espacio de violencia y depravación, y el estigma crece a medida que aumenta la cantidad de extranjeros -mayoritariamente africanos y europeos del Este- (Wacquant, 2001).

En Buenos Aires, a diferencia de Nueva York y de otras metrópolis en América Latina, los guetos del AMBA no se relacionan con la etnia sino con las condiciones socioeconómicas. Históricamente, la relación etnicidad / territorialidad estuvo marcada como dijimos por el modelo del conventillo: en las villas miseria convivieron personas de distintos países y ciudades, por eso la territorialidad está marcada por lo socio-económico (muy relacionada con el eje del trabajo), y no por lo étnico-racial (Grimson: 2003). Pero en los 90, con el deterioro del sistema de transportes e infraestructura, se pasa del “modelo de conventillo” al de guetos socioeconómicos. Un ejemplo de esto es la rápida adopción que tuvieron los sectores excluidos metropolitanos de la modalidad de reclamo que constituye el piquete. En ese contexto de aislamiento territorial y desocupación, se evidenció, por un lado, una fuerte territorialidad de la exclusión y, por otro, una alta capacidad de las organizaciones de sitiar la ciudad. A pesar de no tener la posibilidad de acceder al centro político urbano. Es

decir, mientras se vulneran los derechos de acceso y circulación, los excluidos se organizan para afectar la dinámica misma de la ciudad, bloqueando las vías de acceso. Esto se observa claramente en la zona sur, en la que es habitual que para llamar la atención del Gobierno Nacional y de los medios de comunicación, se corten los puentes que atraviesan el Riachuelo (en particular el Puente Pueyrredón).

Paralelamente a la territorialización de la exclusión que se plasmó desde los últimos años del siglo pasado, se está dando un proceso de etnificación de la exclusión, muy vinculado a la pertenencia o no a determinados territorios (Auyero, 2001). Este proceso, opera tanto en las representaciones transmitidas por los medios –en los que los territorios en cuestión aparecen siempre vinculados a noticias sobre delincuencia, inseguridad, violencia, narcotráfico, etc.; casi siempre dentro de la sección “policiales”-, como también en las reproducciones del sentido común de muchos vecinos y, lo más preocupante, en los diagnósticos y estudios vinculados a la Academia y las Políticas Públicas.

A partir de todo esto, se concluye que es necesario revisar las categorías de análisis y el enfoque hegemónico con el que se aborda la problemática de la exclusión metropolitana. Si atendemos los criterios de reflexividad sobre la práctica científica, y el sentido mismo de la planificación de políticas sociales: mejorar la calidad de vida de los sujetos; se nos hace insoslayable la necesidad de realizar trabajos etnográficos que nos permitan redefinir los conceptos prospectivamente (con los actores implicados) para pensar la territorialización de la pobreza; a fin de intervenir en esa realidad y transformarla.

Notas:

1. Se utiliza la categoría de sectores socioeconómicos, similar a la categoría de clases de Portes y Hoffman (2003): “Categorías de población discretas y duraderas caracterizadas por el acceso diferencial a recursos que otorgan poder y diferentes expectativas de vida”. Citado en Portes, A., Roberts, B. y A. Grimson (2005); distinta a la categoría marxista tradicional de clases sociales -Marx, Karl (1889).
2. Solomiansky, Alejandro, *Identidades secretas. La negritud argentina*, Buenos Aires, Beatriz Viterbo Ediciones, 2003.
3. Movimiento de Ocupantes e Inquilinos, en www.moi.org.ar. Consultado en mayo de 2008.
4. Ver Cuadro A y E: porcentaje de migrantes y motivos de la migración en villas.
5. Revista Polémica, núm. 28. “Que vengan inmigrantes”: Centro Editor de América Latina. Buenos Aires, 1970.
6. Cravino, María Cristina. (1998). “Las organizaciones villeras en la Capital Federal entre 1989-1996. Entre la autonomía y el clientelismo”: **1º Congreso Virtual de Antropología y Arqueología en <http://www.naya.org.ar/congreso>** Consultado en diciembre de 2006.
7. Con motivo del Balotaje del 24 de junio de 2007 en la elección a Jefe de Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, el candidato Mauricio Macri, señaló en una entrevista con el Diario *Clarín* que rescata la gestión de Cacciatore en relación a las políticas implementadas con las villas miseria. *Clarín*, domingo 17 de Junio de 2007.
8. A pesar de su rol en la erradicación de villas, durante la última dictadura militar, con la llegada de la democracia, Del Chioppo se convirtió en Profesor de la materia “Derecho Constitucional” en el Colegio Nacional de Buenos Aires, dependiente de la Universidad Nacional de Buenos Aires. Dato que me consta por haber sido yo misma su alumna en 1995.
9. Hector Botán, Miguel Ángel Valle –Villa Lugano-; Daniel de la Sierra –Barracas-; Rodolfo Ricciardelli, Jorge Vernazza -Bajo Flores-; José Meisegeier –Retiro- y Pedro Lephaille –Mataderos-.
10. Citado en Blaustein, Eduardo. *Prohibido vivir aquí. Una historia de los planes de erradicación de villas de la última dictadura*: ISBN: 987-22428-2-8.
11. Centro de Estudios Legales y Sociales (CELS). “Informe Plan Jefas y Jefes de Hogar Desocupados ¿Derecho Social o beneficio sin derechos?”. Buenos Aires, Mayo de 2003.
12. Merklen, 1997.
13. Marcela Cerrutti y Alejandro Grimson, en *Ciudades Latinoamericanas. Un análisis Comparativo del nuevo siglo*.

14. A partir de 2007, se implementaron una serie de cambios en el Instituto Nacional de Estadísticas y Censos, INDEC, que derivaron en serias y notorias irregularidades en las mediciones. Estas ponen en duda la veracidad de los índices (Inflación, IPC, Ocupación, Desocupación, Pobreza e Indigencia). Desde enero de 2007, la Justicia investiga si hubo o no manipulación intencionada la causa está radicada en el Juzgado Federal N° 6, Secretaría N° 11, el Juez que entiende en la causa es Rodolfo Canicoba Corral y la parte acusadora la representa el fiscal de Investigaciones Administrativas, Manuel Garrido.

Bibliografía:

Auyero, Javier en Wacqant, Loïc. *Parias Urbanos. Marginalidad en la ciudad a comienzos del Milenio*, Introducción. Buenos Aires, Manantial, 2001

Blaustein, Eduardo. *Prohibido vivir aquí. Una historia de los planes de erradicación de villas de la última dictadura*: ISBN: 987-22428-2-8.

Ciccolella, Pablo. Globalización y dualización en la Región Metropolitana de Buenos Aires. Grandes inversiones y reestructuración socioterritorial en los años noventa”. Revista EURE N° 76. Santiago de Chile, 1999.

Grimson, Alejandro. ”La vida organizacional de las zonas populares de Buenos Aires”, Informe final del proyecto “Urbanización latinoamericana a finales del siglo xx.” En <http://www.prc.utexas.edu/urbancenter/Austin.htm>.

Merklen, Denis. “Organización comunitaria y práctica política”. Revista Sociedad N° 149, mayo – junio, 1997.

Portes, Alejandro, Roberts, Bryan y Grimson, Alejandro. *Ciudades Latinoamericanas. Un análisis Comparativo del nuevo siglo*. Buenos Aires. Prometeo, 2005.

Programa de Radicación de villas y barrios cadenciados de la Capital Federal. Secretaría de Planeamiento urbano y Medioambiente. Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires. Creado en 1991.

Sarlo, Beatriz. *Instantáneas del fin de siglo. Medios, ciudad y costumbres en el fin de siglo*. Buenos Aires, Ariel, 1991.

Sassen, Saskia. *The Global City*. Nueva Jersey, Princeton University Press, 1991.

Solomiansky, Alejandro, *Identidades secretas. La negritud argentina*, Buenos Aires, Beatriz Viterbo Ediciones, 2003.

Torres, Hoacio. *El mapa social de Buenos Aires (1940-1990)*, Buenos Aires, Dirección de Investigaciones. Secretaría de Investigación y Posgrado. Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo, 1991.

Wacqant, Loïc. *Parias Urbanos. Marginalidad en la ciudad a comienzos del Milenio*. Buenos Aires, Manantial, 2001.

Cuadros y Gráficos:

CUADRO A MOTIVOS DE LA INMIGRACION EN UN AREA DEL GRAN BUENOS AIRES		
Causas de la migración	Mig. antiguos	Mig. recientes
No hay trabajo	58 %	80 %
Hay mucha miseria	17 %	6 %
Para mejorar	22 %	10 %
Otros motivos	3 %	4 %

CUADRO B APARICION DE VILLAS NUEVAS	
antes de 1940	5 villas
1940-1950	1 villa
1950-1960	11 villas
1960-1970	10 villas

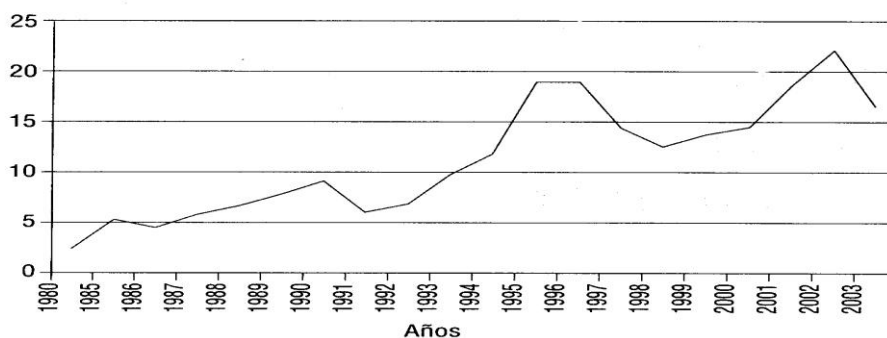
CUADRO C CRECIMIENTO DE LAS VILLAS. 1964-1968			
	1964	1968	% de crecimientos
Sup. afectada (Ha.)	182,8	281	53
Número de viviendas	2.470	8.304	236,2
Población	13.826	52.483	279,6

CUADRO D CRECIMIENTO DE LAS VILLAS. 1968-1971			
	1968	1971	% de crecimientos
Número de viviendas	8.304	15.000	80,6 %
Población	52.483	90.000	71,5 %

CUADRO E PROCEDENCIA DE LOS POBLADORES DE UNA VILLA			
Origen	Homb.	Muj.	TOTAL
Santa Fe	257	272	529
Corrientes	147	112	259
Chaco	25	24	49
Entre Ríos	114	110	224
Otras (norte y centro)	30	25	55
Extranjeros	s/d	s/d	8
TOTAL			1.124

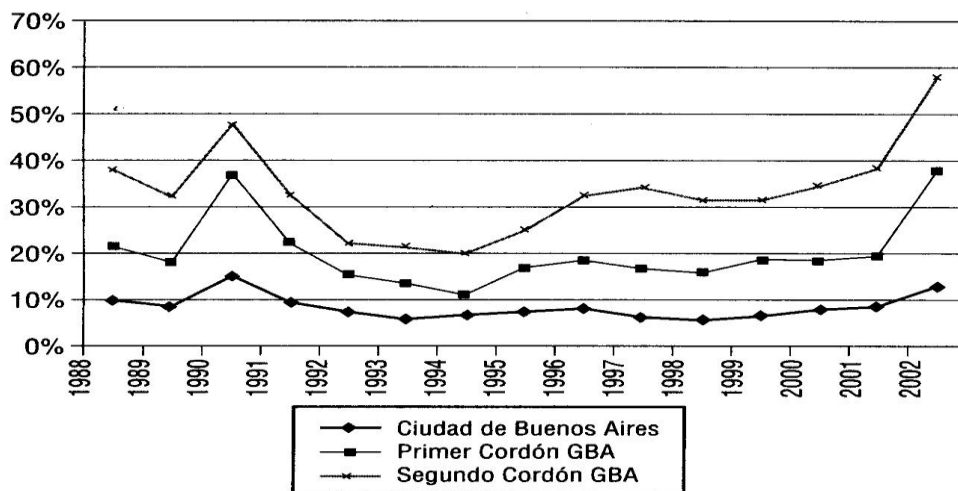
Fuente: "Conventillos y Villas miseria", Revista Polémica N° 62. Buenos Aires, 1971.

**Gráfico 1. Tasas de desempleo abierto
Área Metropolitana de Buenos Aires, 1980-2003**



FUENTE: Encuestas Permanentes de Hogares.

**Gráfico 3. Porcentaje de Hogares bajo la Línea de Pobreza.
Área Metropolitana de Buenos Aires**



Cuadro 3. Área Metropolitana de Buenos Aires. Evolución de la población económicamente activa y población ocupada por tipo de trabajo

Tipo de trabajo	1980		1991		2001	
Patrón calificado	2,3	2,4	2,8	3,0	2,7	3,4
Patrón no-calificado	3,2	3,3	2,7	2,8	1,3	1,6
Trabajador por cuenta propia calificado	5,8	5,9	8,6	9,2	7,5	9,4
Trabajador por cuenta propia no-calificado	17,4	17,9	17,2	18,3	11,2	14,0
Trabajador familiar no remunerado	1,1	1,1	0,8	0,9	0,6	0,7
Trabajador asalariado, pequeña escala, sin beneficios	5,9	6,0	12,2	13,0	12,5	15,6
Trabajador asalariado, pequeña escala, con beneficios	11,2	11,5	8,6	9,2	5,0	6,2
Trabajador asalariado, escala media y grande, sin beneficios	2,8	2,9	5,8	6,2	7,8	9,8
Trabajador asalariado, escala media y grande, con beneficios	47,6	49,0	35,2	37,5	31,4	39,3
Total empleados	97,2	100,0	93,9	100,0	79,9	100,0
Desempleados	2,8		6,1		20,1	
Total PEA	100,0		100,0		100,0	

FUENTE: Encuesta Permanente de Hogares, 1980, 1991 y 2001.